

Don Félix de Alvarado

Por especial coincidencia, hay en la historia casos de nombres que parecen ligados a un destino especial. En nuestros anales eclesiásticos, especialmente en los del siglo XVIII y principios del XIX, el apellido Alvarado fue algo así como un símbolo levítico; casi diez sacerdotes, más o menos contemporáneos, llevaron aquel nombre estampado en los viejos expedientes con la aureola del mérito. Uno de ellos fue el presbítero don Félix de Alvarado, nacido en la ciudad de Cartago el 16 de setiembre de 1766 y en el hogar formado por don Domingo de Alvarado González Camino y doña Estéfana Salomón Pacheco. Como era su familia bastante acomodada, pudo don Félix hacer sus estudios desahogadamente, primero en su ciudad natal y luego en el Seminario de León de Nicaragua, donde fue ordenado sacerdote en 1791.

En aquel tiempo todo neo-presbítero que pretendiese una situación económicamente estable, debía contar con el respaldo de una capellanía o sea cierta fundación hecha por persona piadosa de cuyos frutos pudiese vivir el ordenando. De su propia familia recibió don Félix el aporte; en 1792 disfrutaba de una capellanía que rentaba 1845 pesos sobre la hacienda "La Pacheco", así nombrada por el segundo apellido de su madre a la cual pertenecía.

Desd joven, dio muestras el Padre Alvarado de energía de carácter, capaz de emprender las obras más difíciles. En 1787, cuando era apenas manteísta, quiso ver a su amigo Felipe Chavarría preso en la cárcel de Cartago; se le negó la entrada, y sin más ni más, caballero en un rocín, se metió en el predio atropellando a un cabo y a cuatro soldados. Su buen castigo le costó la osadía, purgada con varios días de arresto en el convento de San Francisco del cual salió previa satisfacción y propósito de enmienda. Esta última, fue firme y estable. Al juvenil impulso siguió la reflexión y la madurez de los años, forjando en el Padre Alvarado un

recio carácter que honró a la Iglesia de su tiempo.

Como ministro de Dios sirvió en varios curatos, incluyendo a Cartago, San José y Heredia; como hombre preocupado del progreso de su patria, formó parte de aquella pléyade de sacerdotes maestros que en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX formaron la plataforma de nuestra cultura.

Fue el Pbro. Alvarado uno de los más empeñados en la fundación de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, a la cual brindó su aporte intelectual y económico. La generosidad del Padre Félix quedó manifestada al ofrecer juntamente con el alcalde don Joaquín de Oreamuno, la suma de trescientos pesos anuales al bachiller don Rafael Francisco Osejo para que diese lecciones de filosofía en una casa análoga a la de Santo Tomás, pero en Cartago. Esbozó un proyecto, suscrito por distinguidos sacerdotes y seglares en aquel sentido, mas parece que Osejo no aceptó la proposición, sin que pudiesen realizarse las ambiciones del Padre Alvarado a favor de la enseñanza en su ciudad natal.

No por eso desmayó en el tenaz sacerdote el empeño de llevar luz al intelecto ajeno; prodigó en cuanto pudo sus bienes y su cultura, los primeros aplicados a la ayuda de los pobres y la segunda a lecciones de gramática y latinidad con especial predilección por los jóvenes candidatos al sacerdocio.

Estimado por su autoridad, más de una vez fue solicitada la presencia del Padre Félix de Alvarado en cargos de importancia. En 1796 el Teniente de Gobernador de Villa Hermosa (San José), Mateo Camacho, y los Alcaldes Pedro Solórzano y Miguel Alfaro, solicitaron el nombramiento del Padre Alvarado como Juez Eclesiástico de la Villa, petición, que no fue satisfecha por ser aquel teniente de Cura en Heredia, parroquia de la cual fue último Juez Eclesiástico.

El antecedente fue tomado en cuenta cuando al morir el 28 de agosto de 1819 el Vicario Foráneo de Costa Rica don Rafael de la Rosa, el anciano Padre Alvarado lo sucedió en aquellas delicadas funciones.

Muy corto fue el período durante el cual don Félix representó al Obispo de Nicaragua entre nosotros. Tras un lapso de un año, murió el 16 de agosto de 1820 rodeado de la admiración y del cariño que inspiró a todos el ejemplo de su vida consagrada a la Iglesia y a sus con-ciudadanos.



Ricardo Blanco Segura